

Melina no emanda

Mozárabes y mozarabismo

(Valoración cultural y bibliografía razonada)

Hace un año aproximadamente celebraba nuestra ciudad engalanada el XVIII Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. (1)

Los que tuvimos la suerte envidiable de asistir a aquel Certamen científico pudimos observar un hecho que halagaba profundamente nuestro patriotismo y nos llenaba de satisfacción. Aquellos hombres de ciencia, lo mismo nacionales que extranjeros, habían venido a nuestra ciudad atraídos por un impulso misterioso y extraño. Más que la belleza y encantos naturales de su suelo, más que la suavidad y excelencia de su clima, más que la condición de sus moradores y habitantes, había ejercido en ellos una poderosa e irresistible atracción el recuerdo imborrable de su gloriosa historia, cuando el nombre de Córdoba, llevado por la fama, era paseado en triunfo por el mundo entero hasta el punto de hacer decir a una poetisa alemana del siglo X, estas encendidas palabras cargadas de nostalgia: «Oh Córdoba famosa, llena de encantos y abundante en todo, pero principalmente de sabiduría». (2)

Los nombres gloriosos y evocadores de Séneca y Lucano de la Córdoba imperial, del gran Osio, martillo de los herejes y luz de Nicea; de Alvaro y Eulogio, flor del mozarabismo cordobés; de Abenhazam, historiador de las religiones y poeta exquisito, máximo exponente de la espiritualidad del Islam; de Maimónides y Averroes, el Gran Comentador de Aristóteles; de Fernando de Córdoba, del inconmensurable Góngora y de tantos otros, colocados en los frontis de las aulas del Congreso, aparecían a nuestra vista como una evocación del pasado, como el máximo exponente de su pretérita grandeza, como un índice esplendoroso y magnífico de su gloriosa historia.

(1) Este trabajo fué leído por su autor en la inauguración del curso de nuestra Academia, Octubre 1945-46.

(2) Hrotsvita, Pelagius, v. 15.-Hrotsvite Opera, Berolini, 1902.

Sobre uno de estos exponentes gloriosos de su historia, los *Mozárabes* y el *Mozarabismo*, quiero hacer en esta solemnidad académica algunas consideraciones históricas. El tema me parece de interés y lleno de actualidad, ya que el mozarabismo es la más pura, fragante y delicada flor del pensil cordobés; encarna las virtudes de la raza, y encierra, a mi entender, la esencia de la Hispanidad, puesto que representa tanto racial como culturalmente el elemento indígena, lo más genuino, personal y propio del hispanismo y de su cultura, que aquí, en Andalucía, tiene sus más profundas raíces, y en ella se desarrolla, produciendo los más variados y sazonados frutos, que luego ha de transmitir a la Europa medieval, para dar como resultado, en último término, un tipo de civilización y de cultura completamente caracterizado: la civilización occidental y europea, de la cual ostenta España con orgullo la más alta representación.

Por diversos motivos, entre los cuales se cuentan el desamor a las cosas de España, los prejuicios históricos y la diversidad de creencias, el pueblo mozárabe, que ha ejercido en Europa una misión cultural e histórica providencial, no ha sido estudiado con aquel exquisito cuidado, con aquel interés generoso que lleva a valorar y aquilatar debidamente su obra.

Han contribuido no menos a este general olvido, por no decir menosprecio, de uno de los factores que más eficazmente han influido en el desarrollo general de la cultura, dos hechos históricos que guardan entre sí estrechas relaciones y grandes analogías. Es uno la exuberancia y esplendor de la cultura hispano-árabe en la época del Califato, comparada con los escasos restos que han llegado hasta nosotros de la cultura indígena o mozárabe. Visto así el problema, con esta sencillez y someramente juzgado, salta a la vista la superioridad de la cultura hispano-árabe o musulmana sobre la mozárabe. Mas no es así como debe plantearse, en mi sentir, problema tan complejo como delicado, sinó que debe enfocarse desde puntos de vista más profundos y trascendentales.

¿Qué representan en la historia de la civilización y de la cultura uno y otro elementos raciales y culturales? ¿Qué han aportado uno y otro pueblo a la obra civilizadora del mundo? ¿Qué le es propio a cada uno de ellos y qué debe a influencias extrañas? Conviene hacer notar que los monumentos que nos han quedado de aquella civilización indígena no representa en modo alguno toda su obra cultural, segada en flor por la invasión musulmana,

antes de haber podido llegar a su completo desenvolvimiento y madurez. El estado de servidumbre a que se vieron reducidos desde el primer momento de la conquista ~~de~~ los mozárabes, los fuertes tributos que tenían que satisfacer, la opresión continua, las persecuciones, el martirio y las deportaciones en masa, pusieron en trance de desaparecer al elemento indígena, sin el cual el desarrollo de la cultura hubiera sido poco menos que imposible.

No obstante, dejando aparte otros puntos de vista, los elementos culturales que han llegado hasta nosotros del pueblo mozárabe, (arte, ciencia, literatura), restos muy exíguos, no índice, de su cultura y civilización, nos autorizan a suponer una obra más vasta y completa, que no ha llegado a nosotros principalmente por las causas anteriormente apuntadas.

San Eulogio nos habla repetidamente en sus obras de la suntuosidad y grandeza de las antiguas Basílicas, de cuya magnificencia puede juzgarse teniendo en cuenta que la catedral cristiana de Córdoba pudo expropiarse a los mozárabes a raíz de la conquista por la cuantiosa suma equivalente a once millones de francos. El Sr. Gómez Moreno ha dado carta de naturaleza en la Historia del Arte al arte mozárabe en su magnífica obra «Iglesias Mozárabes», como un arte indígena, con caracteres propios y originales. Y en otras manifestaciones de la cultura, el mismo San Eulogio, Alvaro Paulo, Sansón y otros, los más ilustrados entre los mozarabes, nos hablan de poetas, filósofos, teólogos e historiadores entre ellos, que no han llegado hasta nosotros, haciéndose lenguas de su sabiduría, fama y autoridad en todo el Occidente. El mismo Recemundo, mozárabe, (el Rabi ben Zaid de los historiadores árabes) es conocido entre ellos con el sobrenombre de «el Filósofo». Y téngase en cuenta, que los escritos de los mozárabes cordobeses que han llegado hasta nuestros días, son obras circunstanciales, que obedecen a una necesidad del momento, calamitoso y terrible, que atravesaban.

Del Abad Spera in Deo, famoso en todo el occidente por su formación y sabiduría, nos ha quedado solo un tratado muy breve sobre la Stma. Trinidad, que no da idea de su inmenso saber. Consta que escribió un célebre Apologético contra Mahoma, que se ha perdido, y del cual transcribe San Eulogio un fragmento en sus obras, aparte de las Actas de los mártires Adolfo y Juan, que no han llegado hasta nosotros. San Eulogio, igualmente famoso por su formación científica y literaria, no menos que por sus vir-

tudes, reciedumbre de carácter, y cuyas dotes de historiador son innegables, escribe con ocasión de los martirios, y muere en plena juventud, mártir de su ideal, sin haber podido dar el fruto que había derecho a esperar de su ciencia y autoridad.

El haber sido elevado a la silla primada de Toledo, de la cual no pudo posesionarse por su prematura muerte, y la consideración en que le tenían los mismos Emires, nos puede dar una idea aproximada de su valer y estima entre la población mozárabe.

Lo mismo puede afirmarse de Alvaro Paulo y del Abad Sansón. Ambos escriben circunstancialmente su Indículo, el uno, y su Apologético, el otro: obras originales que acusan una seria individualidad científica y literaria en medio de la rudeza de los tiempos y dificultades de la época, en un ambiente contrario y en un medio hostil y poco propicio al desarrollo de la cultura y a la especulación científica. En toda la Edad Media española no hallamos un escritor de más acusada personalidad, más original ni vigoroso por su pensamiento y por su estilo, que estos escritores cordobeses.

Con ser tan escasa y reducida su producción literaria, no está, sin embargo, desprovista de cierto valor científico y aun literario, bien perceptible por cierto, si la comparamos con las demás producciones nacionales o extranjeras de la época.

Hasta su latinidad, dentro de la rudeza medieval, no llega jamás a los barbarismos de la ínfima latinidad, siguiendo por otra parte la corriente de la evolución literaria de la prosa latina, rítmica y cadenciosa, de no escaso valor literario, no suficientemente reconocido y aquilatado.

No es este con todo, el único punto de vista desde el cual puede enfocarse el problema. Hay otro no menos interesante y objetivo sobre el cual queremos hacer algunas consideraciones.

Hemos dicho anteriormente que los mozárabes cordobeses representaban racial y culturalmente el elemento indígina, erigido desde el primer momento de la invasión musulmana en representante de la tradición y de la cultura, frente al invasor. En la lucha que se entabla bien pronto entre ambos elementos, siguiendo una ley biológica, hay un núcleo en el mozárabe, que se muestra irreductible a la absorción, que lucha denodadamente por mantenerse libre de todo contacto de influencia extraña: es el partido mozárabe que pudiéramos llamar intransigente y que acaudilla San Eulogio. Alvaro en la Vida del santo, hace resaltar que pertenecía

al grupo de los hispano-romanos que representaban la tradición latina, a diferencia de otros grupos, entre los mozárabes como los hispano-visigodos y judíos de menos abolengo en el país.

Hay que hacer constar que la tradición la constituían entonces dos elementos: latinidad y religión cristiana, fundidos maravillosamente en esta época, y a los cuales estaba vinculada, según el sentir unánime de la Europa culta, la civilización y la cultura.

Porque el cristianismo en esta época no representaba ya solamente una religión; era también una cultura y una civilización, la más perfecta de las civilizaciones conocidas, la civilización occidental o mediterránea, representante del progreso moral y científico, frente al elemento semita, que representaba el estatismo y el fatalismo de los pueblos del extremo oriente.

A dos circunstancias providenciales debía el cristianismo esta posición privilegiada que le hacía depositario de la ciencia y representante de la cultura en la Edad Media. Aparecido el cristianismo en un momento culminante de la Historia, en que los sistemas religiosos y filosóficos imperantes a la sazón eran insuficientes para dar solución satisfactoria a los eternos problemas del espíritu humano, atrajo bien pronto y cobijó en su seno a gran número de hombres ansiosos de bien y de verdad, que los encontraron en él, convirtiéndose en seguida en sus mayores propagandistas.

Fueron éstos los primeros apologistas, Tertuliano, Lactancio, S. Justino, Orígenes, S. Clemente de Alejandría, los cuales, poniendo a contribución todo el caudal de la ciencia antigua, defendieron la nueva religión de los ataques del paganismo, herido ya de muerte y condenado irremisiblemente a desaparecer.

La escuela de Alejandría incorpora definitivamente al cristianismo la filosofía griega, que será desde entonces la filosofía perenne del espíritu humano, auxiliar valioso de la Teología, reina de la ciencia.

Esta dirección culmina en el gran representante de la Iglesia de Occidente, S. Agustín, el cual con su espíritu original y gigante cristiana a Platón y difunde por todo el Occidente un platonismo moderado y cristiano, que había de culminar en el misticismo.

A la caída del Imperio Romano de Occidente, la Iglesia, ya suficientemente fuerte en su organización y en su doctrina, empuña con derecho propio el cetro espiritual del mundo antiguo.

Al fijar su sede principal en Roma, cabeza y centro del mundo,

y el haber adoptado la lengua romana como su lengua oficial y litúrgica, hace a la Iglesia católica heredera de la cultura latina y depositaria del tesoro que nos legara la antigüedad clásica. El latín en mano de la Iglesia será ya desde entonces la lengua de la ciencia y de la cultura, instrumento poderoso y eficaz que en su mano se animará para ser el vehículo de las nuevas ideas que traía en su seno el cristianismo.

El latín cristiano y eclesiástico será la lengua sabia por excelencia, y la Iglesia la depositaria de la tradición y de la ciencia, que sigue manteniendo la unidad espiritual del mundo, aún después de la caída del Imperio Romano al empuje de los pueblos bárbaros del Norte. El Papa S. León I el Magno, deteniendo el espíritu destructor de Atila a las puertas mismas de Roma, es ya un símbolo de este poder espiritual del Cristianismo.

Con la venida de los bárbaros y después de los grandes Padres de la Iglesia de Occidente, San Ambrosio y San Agustín, el cetro de la cultura pasa a España, culminando en la escuela de Sevilla con S. Isidoro. El gran Arzobispo de Sevilla es entonces la gran figura de la Iglesia Occidental y el gran representante de la filosofía y de la ciencia cristiana. Sus Etimologías son la enciclopedia del saber antiguo, archivo de la ciencia de la Edad Media. S. Isidoro es la gran lumbrera de la alta Edad Media, cuyos rayos iluminan el mundo entero. Es la máxima autoridad y el maestro por excelencia dentro y fuera de España. Sus obras se citan por los sabios contemporáneos, y sus palabras tienen el valor y autoridad de los grandes Padres de la Iglesia Universal.

Su obra gigantesca, múltiple y enciclopédica lleva impresa el sello original del genio hispano. S. Isidoro conserva todo el tesoro antiguo, y aporta nuevos elementos a la ciencia.

Es el gran creador de la ciencia hispana y su principal impulsor. Este gran luminar parecía estar destinado a no eclipsarse jamás; y no se eclipsó.

En la invasión arábiga, a la caída de la monarquía visigoda, la Escuela mozárabe de Córdoba, donde existía una antigua tradición literaria jamás interrumpida desde la romanidad, recoge esta herencia científica y literaria. Los mozárabes cordobeses, con conciencia clara de su misión histórica en aquellas difíciles circunstancias, se erigen entonces en representantes de la tradición y de la cultura, seriamente amenazada por la invasión musulmana, que representaba el estatismo y fatalismo históricos de los pueblos del

remoto oriente. Hay que reconocer que lo tiene bien ganado. Por defender la tradición antigua, el tesoro de la ciencia, que era la civilización, vinculada en la religión de los antepasados, sufren persecuciones y martirios.

En estas circunstancias no se les podía pedir nada extraordinario, original y propio. Si conseguían tan solamente conservar el tesoro recibido, serían por ello acreedores a la gratitud universal.

Si lograban salvar de la destrucción el tesoro de la ciencia antigua, logrado por el género humano a costa de ingentes trabajos y esfuerzos durante siglos, su nombre sería grabado con letras de oro en la historia de la civilización.

Y no solamente lo salvaron del naufragio general, sino que imprimieron a la ciencia sello propio y contribuyeron con sus esfuerzos generosos al progreso de la misma y a su difusión en Europa en términos extraordinarios, abriendo a la ciencia horizontes y puntos de vista nuevos hasta entonces insospechados.

Hay en la historia de la ciencia de la Edad Media un hecho que llama poderosamente la atención de los estudiosos. Es el progreso admirable que adquiere la Filosofía, y con ella las demás ciencias, en el periodo de florecimiento de la Escolástica; florecimiento que no puede explicarse por un desarrollo natural de los elementos culturales de la época anterior. De Pedro Lombardo (1159) a Santo Tomás de Aquino (1225) separados cronológicamente por algo menos de un siglo, la ciencia da un salto gigantesco que los antiguos no pudieron explicarse. De las Sentencias del Maestro a la obra del Angélico Doctor, el genio de la Escolástica, hay una distancia tan grande, como no se ha conocido jamás. Si es cierto que la naturaleza no produce *per saltum*, con más razón puede afirmarse que en la historia de la civilización y de la cultura no se da solución de continuidad.

Modernamente se ha explicado este admirable progreso de la ciencia de la Edad Media por la entrada de los escritos de Aristóteles en las escuelas cristianas de Occidente.

La alta Edad Media no conoce más que los escritos de Lógica de Aristóteles, es decir, su Órgano, y esto no directamente ni en su lengua original, sino a través de Boecio.

A partir del siglo XII Aristóteles comienza a ejercer una poderosa influencia en Occidente, merced el conocimiento de sus obras de ciencias naturales y la Metafísica.

Las nuevas obras de Aristóteles procedían principalmente de España; más exactamente, de Córdoba y Toledo, gracias a la gran labor de la llamada Escuela de Traductores, obra del Arzobispo D. Raimundo, secundado y ayudado por hombres de ciencia, y principalmente por mozárabes. Mozárabes fueron los que tradujeron del árabe al latín medieval las obras del Estagirita a través de los comentarios de Averroes con otros tratados de filósofos árabes y judíos, y merced a esta labor y a sus esfuerzos, los conoció la Europa culta, produciendo el desarrollo de las ciencias en la segunda Edad Media, que con razón ha sido llamado en la historia de la cultura el primer Renacimiento.

Sólo este hecho bastaría a justificar el interés histórico que merece este pueblo, sacándolo del plano secundario en que injustamente ha estado colocado, para ocupar merecidamente un lugar destacado y preeminente en la Historia.

*
* *

Suerte paralela a los mozárabes, ha corrido a través de la Historia el mozarabismo. El florecimiento de la cultura hispano-árabe o musulmana en la época del Califato de Córdoba, obscurece la obra de nuestros mozárabes.

En el desarrollo de la Historiografía moderna, el progreso de los estudios arábigos en nuestros días contrasta con la pobreza y la falta de interés de los estudios dedicados a los mozárabes y al mozarabismo.

Con las persecuciones de nuestros mozarabes debieron perecer también gran número de códices pertenecientes a los mismos.

Solamente dos que contienen las obras de Alvaro y Sansón, y estas no completas, se han conservado hasta nuestros días. Durante varios siglos permanecieron ignoradas sus obras hasta el punto que, cuando en el siglo XVI Ambrosio de Morales en su viaje a las Iglesias de España, encuentra las obras de San Eulogio —en un códice de la catedral de Oviedo— no se sospechaba siquiera su existencia, produciendo el encuentro natural sorpresa entre los eruditos.

Más adelante, en el siglo XVIII, el P. Flórez publica las obras de Alvaro y Sansón, y dá noticias de otros escritores, de los cuales no había memoria siquiera. Pero estas ediciones, hoy raras e inasequibles, apenas son conocidas de muchos estudiosos, para

quienes la lengua en que están escritas, es poco menos que desconocida.

Con la publicación de las obras de San Eulogio, hecha por Ambrosio de Morales, iníciase una nueva era para los estudios mozárabes, que siguen con inusitado fervor nuestros escritores locales, y que llega a trascender fuera de nuestra ciudad. Ambrosio de Morales en su «Crónica general de España», Díaz de Morales, Díaz de Rivas, el P. Martín de Roa, Gómez Bravo, Sánchez de Feria y otros, rinden tributo al mozarabismo, haciendo honor a la tradición cordobesa. Si sus esfuerzos no dieron mayores frutos, débese a la época en que escribieron. Con todo sus obras merecen tenerse en cuenta por aquellos a quienes interesa este aspecto de nuestra cultura.

En otro aspecto, en el religioso o litúrgico, ha sido más afortunado el mozarabismo. Por haberse conservado hasta hoy en Toledo, aunque alterado y desfigurado, el antiguo rito hispano-visigótico o mozárabe, nos ha sido algo más conocido este interesantísimo monumento de la tradición española.

Al gran Cardenal y hombre de Estado, Jiménez Cisneros, debe la historia patria inmensa gratitud en este sentido. A él se debe el haber restaurado el antiguo rito hispano, formando una capilla con renta y capellanes para la celebración del mismo en la catedral de Toledo. Y lo que es más admirable, trató de imprimir los antiguos códices litúrgicos de tan venerable rito, para lo cual nombró una comisión presidida por el canónigo Alfonso Ortiz, quien llevó a cabo la empresa con éxito después de no pocas dificultades.

En 1500 vió la luz pública el Misal Mixto, llamado de mozárabes, y en 1502 el Breviario, esmeradamente impresos en caracteres góticos en la misma Toledo, por el impresor alemán Pedro Hagembach.

Esta edición hoy rarísima, fué tan estimada en su tiempo, según Alvaro Gómez, biógrafo de Cisneros, que a poco de imprimirse, se daba por un ejemplar treinta doblones, y hasta el mismo Papa Paulo III envió legados a Toledo pidiéndole para la biblioteca Vaticana, un ejemplar del mencionado Misal y Breviario.

La obra ofreció serias y gravísimas dificultades, y el hombre que tenía en sus manos los destinos de España no se desdennó en ir por los puestos de papel y libros viejos recogiendo los cuadernos separados de los antiguos códices, reuniéndolos con amor y

paciencia, con el fin de restaurar el antiguo y memorable rito hispánico.

Ya en 1755 habiéndose hecho rarísimas las ediciones de Cisneros, el jesuíta Alejandro Lesley reimprimió en Roma el Misal mozárabe, con una introducción eruditísima y convenientemente anotada, que reprodujo en 1862 Migne, en su *Patrología Latina*, donde es más fácil de consultar.

Trató igualmente de reimprimir el Breviario de Cisneros, pero le sobrecogió la muerte sin haberlo realizado. Merece también ocupar un lugar muy destacado entre los antiguos mozarabistas el cardenal Lorenzana, editor de los *Padres Toledanos* y de *San Isidoro*. En 1770 reeditó en Puebla de los Angeles (Méjico) el Misal gótico, para uso de la capilla Mozárabe de Toledo; y en 1775 apareció en la imperial ciudad otra nueva edición notablemente esmerada y corregida. El mismo año 1775 publica en Madrid el Breviario gótico de Cisneros (que no había podido reimprimir Lesley), reimpreso después en Migne, *Patrología Latina*, Vo. 186. Trató igualmente de restaurar el canto mozárabe, empresa dificultísima, y no contento todavía con las ediciones anteriores pasó a Roma, con el fin de preparar e imprimir en la Ciudad Eterna una breve edición del Misal mozárabe, enteramente depurada y perfecta.

En 1804 apareció en Roma esta magnífica edición del Misal mozárabe, en folio mayor, con notas del P. jesuíta Arévalo, quien corrigió las numerosas erratas de la edición de Lesley e ilustró la suya con notas no menos útiles y provechosas. El ilustre cardenal pudo ver terminada la edición en su lecho de muerte la misma tarde de su fallecimiento.

Supuso Gams que esta edición pereció entera en la invasión de Roma por las tropas napoleónicas, aunque afirmó que la biblioteca de Munich poseía un ejemplar. Don Ferotín (*Liber Ordinum*, XV.) conoció dos ejemplares: uno puesto en venta en 1892 por el librero Ebrad, de Lyon, en la exigua suma de veintidós francos, y otro en el *British Museum* de Londres.

A estos ejemplares puedo añadir otro existente en la Biblioteca Episcopal de Córdoba, donde lo he consultado. Simonet no conoció esta edición, que no cita en su «H.^a de los Mozárabes».

Después merecen ser citados el P. Juan Pinio, por su *Tractatus... de Liturgia antieua Hispano Gothica*, etc... el P. Flórez por su trabajo sobre historia y rito mozárabe en la *España Sagrada*,

además de los citados; el sabio maronita Casiri por su «Biblioteca Árabe Hispana Escorialense», D. Tomás Muñoz Romero por su «Diccionario Bibliográfico-histórico» donde da noticias de códices y manuscritos antiguos; D. José A. de los Ríos «H. crítica de la Literatura Española» (caps. XI y XII) y sus Mozárabes, Mudejares y Moriscos, 1854; Bourret por su «De schola Cordubae Christiana», etc... D. Aureliano Fernández Guerra, Menéndez Pelayo, D. Vicente de la Fuente y otros que más o menos directamente han tratado en sus obras o mostrado interés por estos estudios.

Pero cuando había derecho a esperar un progreso mayor de los estudios mozarabistas es en la nueva era histórica que se inicia a fines del XVIII y principios del XIX y continúa en todo el siglo pasado, llegando a su apogeo en nuestros días, con el método histórico.

Los progresos de la Paleografía Diplomática en nuestros días nos han puesto de manifiesto tesoros ignorados de nuestros mozarabes, poniéndonos en contacto directo con los mismos textos y fuentes históricas, cuyo conocimiento era indispensable para tejer su historia.

Bianchini publica en 1741 el «*Libellum Orationum*» de Verona; Neale su Liturgia mozarabe, 1836; el benedictino Dom Morin su «*Liber Comicus*» o Leccionario mozarabe, en 1893; Blume su Himnología gótica o mozarabe; Gilsón su «*The mozarabic Psalter.*»

Merece mención aparte entre todos los mozarabistas modernos, el benedictino D. Mario Ferotín. En 1904 publicó en París el «*Liber Ordinum*» o Ritual mozarabe, y en 1912 el «*Liber Sacramentorum*» o Misal mozarabe, tal como se leía en la Iglesia mozarabe.

Cuanto se diga de estas publicaciones es poco, comparado con lo que representan en el orden de la investigación y de la cultura patria. Además de darnos la edición paleográfica de los mencionados textos, la ilustró con eruditas notas y sabias introducciones en las que hace mención de códices españoles y extranjeros pertenecientes a nuestra antigua liturgia.

Su obra perdurará siempre como un monumento venerable de paciencia y erudición verdaderamente benedictinas. Los sabios benedictinos de la Abadía de Santo Domingo de Silos (Burgos).

santuario de la tradición y del arte, prosiguen con incansable entusiasmo el camino señalado por sus colegas extranjeros.

El P. Pérez de Urbel nos regala con su «Origen de los Himnos mozárabes» y su «San Eulogio», de admirables sugerencias cordobesas; el P. L. Serrano publica el célebre «De habitu clericorum» del mozárabe Leovigildo, tomándolo de un códice del Conde Heredia Spínola, y el «Antifonario» de León; el sabio liturgista y musicólogo P. Germán Prado su precioso e interesante «Manual de Liturgia mozárabe» y su «Historia del rito mozárabe y Toledano»; los PP. Casiano Rojas y Germán Prado «El canto mozárabe», que salió a luz en 1929, obra magnífica, patrocinada por la Diputación de Barcelona.

Dignos de mención son también Gómez Moreno por sus «Iglesias mozárabes», y D. Elías Tormo, por su Resumen del Santoral del Culto mozárabe (en Homenaje a Menéndez Pidal), y D. Ángel González Palencia por su obra «Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII», en cuatro volúmenes en folio, donde se reproducen 1.200 documeneos mozárabes, obra monumental que encierra veinte años de trabajos en pro de la cultura patria.

Este movimiento mozarabista cunde cada día entre los eruditos dentro y fuera de España, y está llamado a adquirir gran desarrollo, que produzca ópimos frutos.

Los nombres de Bishop, Don Cabrol, D. Le Clercq, De Bruyne, W. Meyer, W. Porter y otros, son buena prueba de ello.

Hemos dejado de intento para lo último los nombres de Dozy y Simonet.

El primero trató de los mozárabes en su «Recherches» y sobre todo en su «Historia de los musulmanes de España», más conocida y divulgada entre el gran público.

La obra del docto arabista holandés, escrita a la vista de fuentes árabes y cristianas, y extraordinariamente sugestiva por su disposición y estilo, adolece sin embargo de falta de imparcialidad al juzgar a nuestros mozárabes, presentándolos como incultos y fanáticos, dejándose llevar de sus prejuicios protestantes; y aunque posteriormente rectificó algunos de estos inexactos juicios ante las observaciones del docto Simonet, esta parte de su obra no deja de carecer de cierta objetividad. Merece con todo gratitud de los mozarabistas por haber dado a conocer el famoso «Calendario mozárabe de Córdoba del año 961» que luego publicó anotado el Sr. Simonet; precioso documento histó-

rico-litúrgico, sumamente interesante para Córdoba, pues nos ayuda a reconstruir la topografía de la ciudad en la Edad Media, al mismo tiempo que nos dá a conocer multitud de Iglesias y advocaciones existentes en la misma, que no constaban en las obras de nuestros escritores mozárabes.

Pero el que se lleva la palma sin duda de los historiadores españoles de los mozárabes, es el sabio arabista D. Francisco Simonet por sus obras «Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes» y, sobre todo, por su magnífica «Historia de los mozárabes de España», Madrid, 1897-1903, monumento memorable de erudición hispano-arábica, que no ha sido superado hasta el presente, y a la cual tendrán que acudir a documentarse cuantos sientan interés por estos estudios. Peritísimo en lengua y literatura árabe, y profundo conocedor al mismo tiempo de la literatura y lengua latio-cristiana, y amante de la tradición española, estaba en condiciones excepcionales para emprender este estudio que hasta él nadie había tratado directamente y a fondo. Su obra tiene un valor perenne y ha sido utilizada por todos los mozarabistas modernos, incluso D. Ferotín. ¡Lástima, en cambio, que el docto arabista no pudiera gozar de los trabajos del infatigable benedicto! Con todo, su obra no ha gozado de todo el prestigio y autoridad que un trabajo de esa índole merecía, entre otras causas por la posición que el autor adoptó en las discusiones apasionadas a la sazón sobre la superioridad de la cultura arábica sobre la mozárabe, discutiendo el punto de vista tradicional, y sobre todo por la tendencia apologética de la misma.

Una dirección más moderna con vistas a la especialización han seguido nuestros investigadores cordobeses, D. Marcial López Criado, ilustre Obispo de Cádiz, en su trabajo «Las Santas Escrituras en la Iglesia mozárabe cordobesa», Córdoba, 1907, y el canónigo D. Andrés Caravaca Millán, en el suyo «Alvaro Paulo Cordobés. Su representación en la Historia de la Cultura y controversia con Bodo Eleazar». Córdoba, 1909.

Mas toda la amplia y frondosa bibliografía que someramente hemos indicado, no son más que materiales para la obra constructiva posterior; cantera viva de donde podrá el investigador moderno extraer los elementos necesarios para obras nuevas de contenido histórico y sentido moderno que reclaman en la actualidad la erudición y la cultura en este campo fértil y ameno del mozarabismo español.

Los mozárabes siguen interesando en la hora presente a los investigadores. El mozarabismo vuelve a estar de moda. Cada día nos llegan nuevos estudios hasta de los más remotos países, en los que se estudia a nuestros mozárabes con un sentido cada vez más moderno que ha hecho posible el progreso de los estudios históricos.

Basta citar entre ellos el reciente estudio sobre Alvaro Paulo, del norte-americano M. Sage, de la Universidad Católica de Washington, «Paul Alvár of Córdoba», Washington, 1943, y entre nosotros el del P. Madoz, S. J., «El Epistolario de Alvaro», edición crítica, Madrid, 1947, y del que ya su autor nos dió un interesante avance en el Congreso de las Ciencias y, el de Isidro de las Cajigas, «Los Mozárabes» (1).

Esta vieja Academia cordobesa, vigía atento de nuestra cultura indígena, se complace grandemente de este nuevo renacer del mozarabismo de nuestros días, que puede interpretarse justamente como un signo indiscutible de la nueva espiritualidad.

Rafael Gálvez

Presbítero.

CÓN LICENCIA DE LA
AUTORIDAD ECLESIAÍSTICA



(1) De propósito se ha omitido una bibliografía sistemática y circunstanciada, que reservamos para otro trabajo en preparación, «Bibliografía Mozárabe».